

Lunes II de Cuaresma



26 de febrero de 2024

Dn 9, 4-10

Sal 78

Lc 6, 36-38

P. Eduardo Suanzes, msp

Nos situamos en el contexto en el que estos dos versículos del Evangelio de Lucas se encuentran y que nos ofrece la palabra de hoy.

Lugar¹: estamos en el sermón de la llanura (el que para Mateo se dio en monte). El tema es la enseñanza sobre el comportamiento que Jesús espera de sus discípulos, de sus seguidores. El **preámbulo** son *las bienaventuranzas*; el **cuerpo** de la narración lo forman un conjunto de dichos con especial relevancia al amor al prójimo y al enemigo, en donde se sitúa el evangelio de hoy; la **conclusión** es la parábola de las dos casas, una construida sobre roca y la otra sobre arena.

En el pasaje correspondiente de Mateo se dice: «*Tienen que ser perfectos como su Padre del cielo es perfecto*» (Mt 5,48), que vimos hace un par de días. La formulación de Lucas no sólo radicaliza la máxima al ponerla en imperativo, es decir, como mandato, sino que, al mismo tiempo, la expresa en términos de «*misericordia*». Está claro que tanto Mt como Lc hacen resonancia de Lv 19,2: «*Sean santos, porque yo, el Señor, su Dios, soy santo*». La redacción de Lucas propone una imitación de Dios, y, precisamente, de una cualidad que, en el Antiguo Testamento, se atribuye frecuentemente al Dios de Israel. En toda la literatura del AT jamás se aplica a Dios el adjetivo «perfecto»; pero sí se dice de él, infinidad de veces, que es «misericordioso»

Esta es la conclusión de todas las máximas que Jesús ha dicho con anterioridad, es como el resumen de todas ellas, es decir:

- Amen a su enemigos;
- Hagan el bien a quien les odia;
- Bendigan a quien les maldicen;
- Oren por los que les injurien;
- Si uno te pega en una mejilla...;
- Si te quita el manto...;
- Si alguien te quita lo que es tuyo...;
- Traten a los demás como quieran que les traten;
- Porque si solo quieren a los que les quieren...;

¹ Cfr. JOSEPH FITZMYER. *El Evangelio según Lucas II*. Ed. Cristiandad. Madrid 1987

Todos pecamos y estamos expuestos a traicionar la confianza de los demás. El pecado hiere las relaciones y nos aleja, por decisión propia, del amor de Dios. Hay en el pecado una tendencia “narcótica” que activa nuestro ego y engecece nuestra conciencia con el engaño de creer que estamos en lo correcto. El pecado nos seduce con falsas verdades y dosis mínimas de felicidad. El pecado es un virus invasivo que aniquila lentamente lo que somos como personas, como familias y como comunidad.

Por eso Jesús concluye para dejar claro por qué debemos ser de otra forma: «...*¡Ustedes sean misericordiosos como el Padre es misericordioso!*»

Y luego continúa: «*No juzguen...*» Jesús introduce dos prohibiciones, (no juzguen y no condenen) con sus respectivas consecuencias, y dos mandados (perdonen y den), también con sus derivaciones.

Cuando Jesús emplea la palabra «juzgar» no se refiere al ámbito jurídico, en el que un juez pronuncia una sentencia, sino a la inclinación que experimenta el ser humano a criticar y a encontrar defectos en el prójimo. Es como si dijera: «Como ustedes deben ser misericordiosos, esta tendencia a la misericordia, en las apreciaciones personales, tiene que redundar en una generosa apertura a la donación»; quedan así estrechamente vinculados los cuatro elementos de la enunciación con la misericordia.

Es decir: no juzgar, por misericordia; no condenar por misericordia; perdonar por misericordia; dar por misericordia.

La generosidad humana recibirá, como recompensa, la superabundancia divina. Jesús dice que la reciprocidad no es la medida adecuada del comportamiento humano; es decir, «yo hago lo bueno contigo que tú haces conmigo y no me paso un pelo de más». Si esto es así, significa que la recompensa tiene que venir de la superabundancia divina, de una donación que no conoce límites.

Concluirá Jesús el discurso diciendo que los que obran así son los que construyen sobre roca y no sobre arena.